

El mar de los buzones

Karlos Linazasoro

Frantisek Abravanel Klee, Franti para los matteomiglienses, se encontraba en su despacho del palacio Jirasek, ordenando papeles, como siempre.

De repente, entró Yali, el cartero, como si le llevaran los demonios.

—¡El mar, el mar! —gritó Yali, fuera de sí.

Franti levantó la cabeza de aquel montón de papeles, y lo miró asombrado.

—¿Qué dices, Yali? Cálmate un poco, por Dios —le pidió Franti, sereno.

—¡El mar, Franti! ¡El mar! —repitió el cartero, muy nervioso.

—¿Qué sucede con el mar, Yali? ¡En Matteomiglia no tenemos mar! —respondió Franti sonriente, pero bastante perplejo.

—¡No teníamos, Franti! ¡Ayer, no teníamos; hoy, sí! —continuó Yali, mordiendo las uñas.

—Pero, ¡eso es imposible, hombre! —se rió el viejo funcionario.

—¿Que es imposible? ¡Ven conmigo y lo verás! —contestó el cartero, yendo hacia la puerta.

Raudos y veloces, llegaron hasta el parque. El sol dormía sobre los columpios, dulcemente. Yali, el cartero, sacó del bolsillo la llave del buzón.

—Atento, Franti.

Y abrió el buzón.

El agua salió de allí a borbotones, con el ímpetu de una gigantesca ola. Y junto con aquella ola, salieron despedidos peces de colores, pulpos, cañas, veleros, tiburones, caballitos de mar, corales, ballenas y delfines, rocas, cangrejos negros y tortugas rojas...

—¡Ah, qué belleza! ¡Qué maravilla! —se admiró Franti vivamente.

—¿Tenía razón o no tenía razón, Franti? —preguntó el cartero con cierto orgullo.

—¡Toda la razón, Yali, toda la razón del mundo! Es el mar, no cabe la menor duda —admitió Franti.

El cartero, con gran esfuerzo, volvió a cerrar la puerta del buzón. Estaba preocupado y tenso.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Franti?

—¿Con el mar?

—No, no, con las cartas.

Franti se llevó una mano al mentón y miró hacia el infinito.

—¿Qué sucede con las cartas, Yali?



LLUÍS FARRÉ.

—¿Que qué sucede? ¡Que no las podemos echar en los buzones, porque se empaparían! ¡Se desharían!

—¡Rayos! ¡Es cierto! ¿Y cómo enviaremos nuestras hermosas cartas a todos los confines del universo?

—Eso mismo, Franti; ¡eso mismo es lo que yo quiero saber!

Franti se puso a pensar; volvió a mirar al infinito azul, lleno de nubes y tacones. Al cabo, preguntó:

—¿Y los demás buzones?

—En todos, mar.

—¿Has hablado con el alcalde Gustav?

—Me ha enviado donde ti. Que tú sabrías qué hacer.

—Claro. Siempre responde lo mismo.

—¿Y tú sabes qué hacer, Franti?

—¿A ti qué te parece, Yali?

—Que no, que no sabes qué hacer...

—Pues no, no sé qué hacer...

Luego, callaron. Permanecieron un instante pensativos, con el semblante lleno de estrellas. Suavemente, dijo Yali:

—Creo que ya sabes qué hacer, Franti...

—Sí, creo que ya sé lo que quiero hacer... ¿Y qué es lo que quiero hacer, Yali?

—No lo sé. Tú eres el funcionario municipal...

—Sí, eso también es cierto...

—Por lo tanto, ¿qué vamos a hacer, Franti?

—Se me ha ocurrido una idea...

—Dímela.

—Mira: si Matteomiglia está rodeado de agua, ¿qué es Matteomiglia?

Yali pensó la respuesta profundamente.

—¿Qué es Matteomiglia... qué es Matteomiglia... ¡Una isla!

—¡Bien, campeón! Matteomiglia es como una isla. Pero nosotros no tenemos barcos, porque no tenemos mar...

—¿Cómo que no tenemos mar! ¡Claro que lo tenemos!

—Sí, Yali, sí, tenemos mar... pero sólo dentro de los buzones.

—¿Y?

—Pues que no tenemos barcos, porque Matteomiglia no es una isla...

—Pero, ¡si me acabas de decir que Matteomiglia es un isla!

—Como una isla, Yali, no una isla...

—¿Y?

—Pues que somos unos náufragos, Yali. ¡No tenemos barcos para salir de Matteomiglia!

Yali se agarró la cabeza con ambas manos. Se estaba mareando por completo. Tomó aire, y dijo:

—Pero tenemos automóviles y motos y autobuses y trenes y...

—¿Y las cartas qué, Yali? ¿Dónde las vamos a echar? ¿Dentro de un automóvil? ¿Dentro de una bicicleta?

—¡Eso es imposible, Franti! Las cartas hay que echarlas dentro del buzón...

—¿Y qué sucede con los buzones de Matteomiglia, amigo?

—¡Que están todos llenos de mar!

—Y, si no tenemos barcos para transportar nuestras cartas, entonces ¿qué somos los matteomiglienses, Yali?

—¡Náufragos! ¡Unos pobres náufragos!

Franti aplaudió de ganas aquella última frase del cartero. Y continuó:

—¡Eso es, Yali! ¡Eso es!

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Franti? ¡Estamos perdidos!

El viejo funcionario sonrió de oreja a oreja, y dijo, satisfecho:

—Veamos, amigo: ¿cómo envían los náufragos sus mensajes?

—Dentro de una botella.

—Correcto.

—¡Dentro de una botella!

—Sí, señor: dentro de una botella. ¿Qué te parece, Yali?

—¡Estupendo! Tendremos que agrandar la boca de los buzones, Franti... ¡Y ya, sin más dilación!